

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ. EXILIO Y LITERATURA

Carlos Oliva Mendoza

Escribiré en tu abanico:
Te quiero para olvidarte,
Para quererte te olvido.

ANTONIO MACHADO

Apartir de la publicación de la crítica literaria y ensayística de Adolfo Sánchez Vázquez, se intenta mostrar la importancia de estas obras para comprender el enfoque del filósofo marxista. Los trabajos, centrados en un primer momento en la reflexión sobre autores españoles, puede observarse una poética de escritura que se fundamenta en su condición de exiliado y que nutre sus trabajos posteriores dentro del marxismo y la filosofía de la praxis.

Palabras clave: Adolfo Sánchez Vázquez, filosofía, marxismo, literatura, exilio.

ABSTRACT

In this work, with the support of the literary criticism and the essays of Adolfo Sanchez Vazquez, I intend to show the importance of them for understanding the Marxist philosopher approach. In these articles, where he initially focused on Spanish authors, one can observe the constitution of a poetic which is based on his exile and nourishes his later works on Marxism and the philosophy of praxis.

Key words: Adolfo Sánchez Vázquez, Philosophy, Marxism, Literature, Exile.

La publicación de la ensayística y la crítica literaria de Adolfo Sánchez Vázquez, reunida en el libro *Incursiones literarias* que fuera publicado en España en 2008 y en la UNAM en 2009, nos permite hacer una primera valoración de su trabajo en este terreno.

no.¹ El título del libro se encuentra dividido, como lo indica su título, en *incursiones*; con lo que el autor indica de antemano que se trataría sólo de paseos, entradas y salidas rápidas de un filósofo a los terrenos de la literatura. Las incursiones que conforman el libro son sus ensayos –el núcleo duro de ese libro– donde además del estudio de la Generación del 98, se analiza con mucha agudeza la picaresca, parte de la obra de Garcilaso, Cervantes, García Lorca, sor Juana, José Revueltas, Octavio Paz, Alejandro Rossi, Jaime Labastida, Gogol, Kafka, la tragedia corneilleana, la concepción de lo trágico en Marx y Engels o la relación entre ideología, política y literatura en Lenin y Tolstoi, entre otros temas. En el resto de la compilación, se encuentran las incursiones dedicadas a conmemorar y evocar hechos relevantes o personalidades a las que lo unió una línea de percepción y pensamiento muy cercana en el terreno literario –Emilio Prados, Antonio Machado, Miguel Hernández, Neruda, Juan Rejano y Marinello–; por último, el libro incluye una serie de trabajos pequeños, conformados básicamente por una serie de crítica descriptiva que se hace con motivo de la presentación de libros. Ahí Sánchez Vázquez trabaja sobre libros de Valle-Inclán, Dámaso Alonso, León Felipe, Francisco Rebollo y Óscar de la Borbolla; como se ve por la variedad de autores y sus temáticas, estas críticas no son programáticas o especializadas en una rama de la filosofía o la literatura. Se trata, por el contrario, de presentaciones ocasionales, donde se practica la tradición de la literatura como conversación pública y crítica.

Las más de 500 páginas que conforman esas incursiones del filósofo marxista, por lo tanto, pueden leerse esencialmente como parte de la obra ensayística del autor y esto nos permite ver sus alcances en el género, en la postulación crítica y literaria de sus ideas y en las formas que desarrolla en el ensayo.

Considerado por él mismo, y por otros y otras pensadoras, como un filósofo marxista que concentra sus trabajos en el desarrollo de la llamada filosofía de la praxis, y en segundo lugar como un esteta, Sánchez Vázquez contempla sólo como anotaciones al margen su trabajo como ensayista, crítico literario y poeta.² Ni siquiera como

¹ La obra publicada en España la realizó la Editorial Renacimiento; mientras que la edición en México, la cual se citará en este artículo es: Sánchez Vázquez, Adolfo, *Incursiones literarias*. UNAM, México, 2009. Cabe mencionar que en 2003 en Fondo de Cultura-España, publica *A tiempo y destiempo. Antología de ensayos*, con un prólogo de Ramón Xirau. Si bien muchos artículos son republicados en la obra del 2008, lo singular es que en *Incursiones literarias* todos los temas se circunscriben a la literatura o a la estética en relación con la literatura.

² Me concentro en remarcar, en este trabajo, la relación de la ensayística de Sánchez Vázquez, a partir del exilio, con su trabajo en el campo del marxismo porque esto no se ha hecho. Por el

Gaos o Nicol, otros dos exiliados, o como Bolívar Echeverría, otro filósofo marxista, llega a desarrollar una reflexión sobre el estilo, los géneros literarios en relación con la filosofía o el lenguaje y el pensamiento como lo hicieron aquellos.³ Esto, entre otros elementos, hace que sus textos pierdan actualidad, pues no pueden ser conectados con una poética de escritura, y se remiten, como muchas veces se hace con su obra, a la mera reconstrucción biográfica y contextual de sus escritos.

Podría objetarse que hay una poética de corte marxista subyacente en la obra ensayística de Sánchez Vázquez y, en efecto, la poética de corte materialista y marxista que empieza a aparecer en sus ensayos a partir de los años sesentas –ya muy clara en “Un héroe kafkiano: José K.”⁴ podría suplantar esa carencia; sin embargo, no es así en su trabajo anterior, trabajo que será referido en este texto.

Ahora, no obstante lo que señaló, existen algunas ideas e intuiciones que nos permitirán hablar de Sánchez Vázquez, desde el principio de su obra ensayística, como algo más que un incursionista de la literatura.

En los estudios de su obra, hay un texto, mencionado recurrentemente, donde ya pueden configurarse una serie de elementos que tienden hacia la construcción de una poética en Sánchez Vázquez; una poética que tiene que ver, antes que con el marxismo, con la experiencia del exilio y de la guerra. Se trata de un temprano y breve ensayo publicado en 1940, “La decadencia del héroe”. Ahí Sánchez Vázquez parece marcar y delimitar gran parte de sus desencuentros no sólo con la literatura del siglo XX, sino con las formas estéticas hegemónicas del mismo siglo. Escribe:

A medida que entro en el corazón de la novela europea actual, tengo que abrir desmesuradamente los ojos, porque me quedo en el aire, aplastado contra mí mismo, sin conexión con el mundo que acabo de vivir. Siento que me va enterrando y que voy a desplomarme. Vengo de la vida, del claro sol de España, bajo el cual había sangre,

contrario, una indicación muy precisa de que su trabajo como literato y, específicamente como poeta en relación a sus ideas estéticas, fue hecha por Ramón Xirau en el prólogo al libro de Sánchez Vázquez *A tiempo y destiempo*.

³ Entre otros textos, puede consultarse al respecto: Nicol, Eduardo, “Ensayo sobre el ensayo”, en *El problema de la filosofía hispánica*, prólogo Alberto Constante y Ricardo Horneffer, FCE, México, 1998, pp. 211-278; Gaos, José, *El pensamiento hispanoamericano*, en *Obras V*, prólogo Elsa Cecilia Frost, Nueva Biblioteca Mexicana, 112, UNAM, 1993. Finalmente, puede consultarse, Echeverría, Bolívar, “El olmo y las peras”, en *Vuelta de siglo*, ERA, México, 2006, pp. 187-194 y, en un sentido más abstracto, “El ‘valor de uso’: ontología y semiótica”, en *Valor de uso y utopía*, Siglo xxi, México, 1998, pp. 153-197.

⁴ El ensayo se encuentra compilado en *Incursiones literarias*, páginas 299-321.

muertos y más sangre. Pero es ahora cuando estoy rodeado y cercado por la muerte. En este mundo de Céline y Giono, de Kafka y Sartre, el hombre está colgado del cielo, de la desesperanza, acobardado, traspasado por la angustia, el miedo y el terror. Por esta arboleda oscura, sobre este desierto los antihéroes viven, desplazan a los héroes y se alzan retadores frente a nosotros. Siento, entonces, deseos de gritar y llamar a todos los soldados y capitanes. Quiero que mi brazo se agrande y brote de mí como un puente infinito, por el que vengan todos los héroes de mi pueblo y todos los héroes que vencen al miedo y a la muerte en todas las latitudes humanas. Que vengan, sí, con el coraje de siempre, a enterrar con sus brazos vigorosos esta floración sombría de las conciencias de hoy, esta declaración de odio a la alegría y a la felicidad del hombre.⁵

La nota es singular por varias razones. Ahí se contiene un tono que el filósofo, en su faceta de ensayista, ya no abandonará en su vida. Es un tono castizo, profundamente arraigado, vital y solar pero no ególatra sino épico. Cree en el héroe, en el honor del soldado, en la patria y se decanta, de ahí el humanismo utópico que siempre estuvo presente en la obra de Sánchez Vázquez, hacia la idea latina de felicidad y alegría, ideas profundamente cristianas que se acompañan con las formas peninsulares del vigor y de los altos llamados a la conciencia. Frente a todo esto, el ejército real, como lo ve Sánchez Vázquez, es una “floración sombría”, “arboleda oscura”, “desierto donde viven los antihéroes”, lugar donde campea la muerte y el miedo. Todo esto, tan real y tan cierto en la Europa de los años cuarentas, contextualiza el por qué su destierro y exilio, junto con algunos otros y otras expulsados en medio de la crisis civilizatoria de Europa, es una especie de salvación y, a la vez, muestra por qué el anacronismo de ciertas posiciones que ya no variarán en su narrativa vital.

Puede observarse lo que refiero en su ensayo crítico más complejo dentro de su incursión literaria, el trabajo que titula “Tres visiones de España (Unamuno, Ganivet y Machado)”. En aquel texto, Sánchez Vázquez no sólo demuestra el potencial que tenía para la crítica literaria, sino que asume una postura muy interesante frente al nacionalismo de mediados del siglo xx. Para tal efecto, estudia a estos autores dentro del contexto de la polémica sobre la generación del 98. Dice Sánchez Vázquez:

La generación no es, como quiere Ortega, una especie de puente entre individuo y masa, al margen de las clases. La Generación del 98 representa, como en el caso de Unamuno, los anhelos de una burguesía tímida y desesperada que llega con retraso a la historia de su país; que ha intentado en ocasiones históricas apoderarse de la direc-

⁵ Adolfo, Sánchez Vázquez, “La decadencia del héroe”, en *Incusiones literarias*, p. 56. El texto fue publicado, por primera vez, en Romance México, núm. 4, 15 de marzo de 1940.

ción del país y que, en todas ellas, ha fracasado frente a las viejas y montaraces fuerzas feudales; de una burguesía que no quiere, a su vez, pasar por la crisis del mundo burgués que tiene, como un espejo aleccionador, ante sus ojos, en otros países de Europa.⁶

Así, en lugar de asumir el papel vigoroso de otras concreciones burguesas de Europa, esta burguesía española, dice Sánchez Vázquez, ensaya “soluciones de repliegue por la vía antiprogresista, irracionalista y, en definitiva, antiburguesa también, aunque esto parezca una paradoja”.⁷ En medio de esa paradoja, la Generación se aleja de la “prosa vacua y campanuda”, pero también del “estilo llano y popular de un Galdós”. Su lenguaje en retirada y resistencia, continua Sánchez Vázquez, no puede ser más divergente: “encendido, tramante, agónico en Unamuno; esteticista en Valle-Inclán; premioso y conciso en Azorín; seco y frío en Ganivet; desnudo y deshilachado en Baroja”.⁸

En este contexto, para el filósofo marxista la única razón para mantener el concepto de la Generación del 98 es porque agrupa a un número de escritores que en un mismo momento hacen de “España su problema fundamental”. Interesante será ver cómo ese problema no deja de ser también fundamental para Sánchez Vázquez y, a la vez, cómo se enfrenta a la paradoja de responder a la marcha de la burguesía que, desde su punto de vista, esa generación no logra asumir.

Así, es Ganivet el autor que estudia Sánchez Vázquez con el fin de acentuar los alcances de tal paradoja. En este autor vemos con claridad que se trata de una respuesta generacional al krausismo tan difundido en España, a las tendencias europeizantes que intentaron reinsertar a España en la ya desenvuelta y lejana modernidad europea.⁹ En este sentido, la respuesta de Ganivet es claramente estructurada. En

⁶ “Tres visiones de España (Unamuno, Ganivet y Machado)”, *Incursiones literarias*, p. 86.

⁷ *Idem*.

⁸ *Ibid.*, p. 87.

⁹ Véase al respecto el excelente texto de Wenceslao Roces, “El krausismo en España”, que inicia con esta idea: “Verdaderamente, en lo que a filosofía se refiere, además de poca vocación y escasa tradición, hemos tenido poca fortuna los españoles. Nadie podía imaginarse que, en el momento culminante de la gran filosofía clásica alemana, cuando brillaban con esplendor universal los nombre de Kant, Fichte, Schelling y Hegel, cuando en torno a la ingente figura de Hegel se libraba la ardua batalla ideológica de la izquierda y la derecha hegelianas, del pasado y del futuro, y en el horizonte filosófico de Alemania comenzaba a resonar el nombre de Feuerbach, pudiera ocurrírsele a un enviado de España, puesto a elegir, optar por el nombre y sistema de un pensador de tercera fila, oscuro adepto de la escuela kantiana, figura que en Alemania apenas contaba con seguidores y que, sin embargo, por insospechada opción, estaba llamado a convertirse, hasta cierto punto, en

primer lugar, esa esencia nacionalista que trata de resistir la pujanza burguesa del capitalismo europeo sostiene que en el centro de la identidad hispana se encuentra el senequismo. Esta es la cita de Séneca que se elige para ejemplificar esa supuesta raíz fundamental:

[...] piensa en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de ti una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre ti caigan [...] mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de ti que eres un hombre.¹⁰

Esa “profunda raíz senequista” que ve Ganivet, no es ajena a Sánchez Vázquez: “Y en vedad que Jorge Manrique, Garcilaso, la picaresca, Cervantes, fray Luis de León, Quevedo, Gracián y el mismo Machado no lo desmiente.”¹¹ Esto es, Sánchez Vázquez agrupa una constelación de pensadores españoles con los que él se identifica en diversos estratos y en los que reconoce un profundo senequismo que no será ajeno a la obra de esos autores y de él mismo.

Ganivet, por su parte, continúa con su peculiar historia de las representaciones y la identidad y señala que precisamente el senequismo, en su radicalidad estoica, es lo que permite otra forma de la identidad española, el cristianismo. Sin embargo, España pierde la negatividad estoica que imprime al cristianismo y en lugar de optar por las vías de la resignación, se enfoca hacia la acción plena. Ganivet atribuye este salto metafísico a la invasión árabe. Dice Sánchez Vázquez al interpretar a Ganivet: “El espíritu español no habla entonces por medio de la palabra oral o escrita, sino por medio de la acción: “Nuestra *summa* teológica y filosófica está en nuestro Romance-ro”.¹² Para concluir todo este ideograma, (que todavía resuena en muchos estereotipos de las construcciones de lo latinoamericano, tanto en sus proyectos de liberación como de dominio), Ganivet nos guarda una joya: el fracaso de la nación española se debe al haber transformado en acción su naturaleza resignada y estoica, y en el fracaso histórico de dicha acción en los proyectos imperiales de conquista.

el árbitro de los destinos filosóficos de España”. Roses se refiere al filósofo español Julian Sanz del Río. El texto puede consultarse en González, Juliana, Carlos Pereyra y Gabriel Vargas (comps.), *Praxis y filosofía. Ensayos en homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez*, Grijalbo, México, 1985, p. 397.

¹⁰ Séneca, tomado de Sánchez Vázquez, *Incursiones literarias*, p. 90.

¹¹ Sánchez Vázquez, *op. cit.*, p. 91.

¹² *Idem*.

Sánchez Vázquez entonces valora el legado de Ganivet, con la misma dureza que lo hará con el mesianismo trágico de Unamuno. A ambos

la Edad Moderna, es decir, la edad burguesa, se les aparece en crisis, carcomida hasta los cimientos, anegando los valores humanos más puros. Si el mundo burgués es racionalista, hay que ser irracionalista; si es científica, hay que combatir la ciencia; si es arreligioso, hay que abrazarse a la religión; si es lo que llaman progreso, entonces hay que estar de regreso de todo lo que ese mundo encarna o representa. El medievalismo de Unamuno y la interiorización ganavetiana son vías distintas para llegar a la misma religión: la negación del mundo burgués.¹³

Podemos intuir la conclusión de Sánchez Vázquez: desde esa forma hispana que no se hace solidaria con la modernidad, se desarrollará el franquismo. Algo muy similar puede decirse del desarrollo del nacional socialismo y del fascismo como formas reactivas a la modernidad.

Así, existe un dato que ya se gesta en este ensayo de Sánchez Vázquez. Su exilio en América le permite distanciarse, hasta cierto punto, de la diversidad de ideas que engendran los nacionalismos. En cierto sentido, esa distancia le permitirá una crítica constante a la configuración capitalista e imperial de los estados nacionales en el siglo XX y, también, el desarrollo crítico de su marxismo. Sin embargo, esa idea de la España profunda, a la que se siente ligado Sánchez Vázquez, no lo va a abandonar del todo. Antes de abordar uno de sus modelos de referencia, Antonio Machado, hace una pausa en su escrito, y parafrasea el adagio de tal forma que deja ver tras de sí una identidad nacional constituida: “Dime qué piensas de Hispanoamérica, y te diré qué español eres”.

El caso contrario a Ganivet y Unamuno es Antonio Machado. Considerado el poeta de la Generación del 98, es para Sánchez Vázquez algo mucho más que esa Generación, a la que sin embargo lo unía la tematización esencial de la identidad española y un antiprogresismo y antirracionalismo similar al de Ganivet y Unamuno. No obstante, es en la poesía de Machado donde Sánchez Vázquez encuentra los elementos que lo harán trascender la posición maniquea que le cierra las puertas a todo progreso y que se aferra a las esencias nacionales. En primer lugar, destaca su lirismo subjetivo; lirismo que lo acerca a la picaresca, a los autores del Siglo de Oro y a las formas populares de la cultura: “¡Alegría infantil en los rincones / de las ciudades muertas!” “Oh, soledad, mi sola compañía / oh musa del portento, que el vocablo / diste a mi voz que nunca te pedía! / responde a mi pregunta: ¿con quién hablo?”

¹³ *Ibid.* p. 94.

En el caso de Machado, este lirismo, por estar encerrado en la subjetividad, ya sea infantil o brutal de la soledad, no se radicaliza, sino que se transmuta en crítica de sí: “El poeta, dice Machado, exhibe su corazón con la jactancia del burgués enriquecido que ostenta sus palacios, sus coches, sus caballos y sus queridas”. Parece entonces que, justo desde este tono crítico de la subjetividad conjugado con el lirismo de su poética, Machado perfila una realidad hispana más concreta que la de otros miembros de la Generación, lo cual no implica que no sea igualmente pesimista, pero sí elimina los vuelos existenciales e idealistas que concentran todo en la vida propia o en el correr de los paradigmas que nos confirman una identidad trágica o victoriosa. Escribe Machado: “Mucha sangre de Caín / tiene la gente labriega / y en el hogar campesino / armó la envidia pelea.”

Según Sánchez Vázquez, si bien siempre hay una fe encendida por España, que hace a Machado caer en un mesianismo similar al de Ganivet y Unamuno, hay dos elementos que le impiden desbarrancarse en esos modelos: el humanismo y su amor por el pueblo. Este humanismo y principio erótico de solidaridad, a decir de Sánchez Vázquez, no es una abstracción formal como en el caso de Kant, sino un humanismo como el que pensara el joven Marx. Puede observarse desde ahora, a través de ese primer montaje de modelos que hace Sánchez Vázquez, la importancia que tendría Machado para su propio pensamiento.

Inspirado en Machado, se trata en el caso de Sánchez Vázquez de un humanismo que no surge propiamente de la valoración de lo humano en sí, ni siquiera, me parece, de un humanismo emancipatorio y radicalmente moderno y romántico como el del joven Marx; sino de un humanismo que surge para *impedir* la construcción de una identidad abstracta –en este caso la española– y que se apoya en un principio filial, amor al pueblo, que tampoco es espontáneo, tal como sucede hipotéticamente en el cristianismo, sino que se construye como un deber concreto.

Este sería el tipo de humanismo y principio de solidaridad que encontraremos desarrollado en muchos aspectos en la obra de Sánchez Vázquez. No es propiamente el humanismo prometeico de los griegos o los renacentistas ni tampoco el humanismo romántico que cree en las potencias del alma humana en conjunción con la naturaleza, sino es un humanismo artificial, a la defensiva, construido frente a la constante formación de identidades esenciales, frente a la permanente amenaza de encontrar y perderse en la hispanidad.¹⁴

¹⁴ En otro sentido Javier Muguerza ha llamado a Sánchez Vázquez marxista epimeteico frente a la posibilidad de pensarla como un filósofo prometeico. Dice lo siguiente: “Epimeteo, como se sabe, era el hermano desvalido de Prometeo, pero no amaba menos que éste a la humanidad. De hecho, según cuenta una mitología ligeramente misógina, la amó tanto que se entregó a la humana,

Tendríamos, pues, una primer gran característica de la prosa ensayística de Sánchez Vázquez. Se trata de un ensayo humanista y filial pero trastocado por la experiencia de la guerra, en la que Sánchez Vázquez participa, y el exilio.¹⁵ Así, ese humanismo reivindica un senequismo, que coloca como centro la idea de la dignidad humana pero que intenta, a través del desarrollo de una subjetividad lírica, no caer en ningún esencialismo. En esas coordenadas se pueden, incluso, explicar algunas características de Sánchez Vázquez como ensayista; por ejemplo, su falta de romanticismo, su estilo pedagógico y cercano siempre a la academia que, junto a su recurrente trabajo concordante con determinados temas políticos y sociales que le permiten adherirse a un proyecto humanista emancipatorio, no lo dejan caer en una prosa mesiánica y violentamente revolucionaria.

De la mano de esa preocupación, que consiste en no permitir la formación de esencialismos transhumanos y, a la par, continuar con un proyecto humanista, es que Sánchez Vázquez hace un estudio sobre la temporalidad en la poesía española. Regresa entonces al tratamiento de lo que será la piedra de toque de la posible hispanidad, el senequismo. Dice Sánchez Vázquez:

demasiado humana, seducción de la belleza, aceptando ese regalo envenenado de los dioses que fue Pandora, la primera mujer, cuya curiosidad la llevó a abrir la caja de su nombre que guardaba los bienes y los males de este mundo. Los primeros, los bienes, volaron a los cielos y los segundos, los males, se esparcieron aquí abajo, hasta que Epimeteo, asustado, acertó a reaccionar siquiera tardíamente y consiguió cerrar la tapadera de la caja... en la que no quedaba más que la *esperanza*. No la esperanza en la definitiva instauración del bien y la justicia o en la erradicación definitiva del mal y la injusticia, que eso sería la prometeica realización de la filosofía. Sino la esperanza más humilde de que siempre nos será dado luchar en pro de lo que creamos bueno y justo o, cuando menos, en contra de lo que creamos malo e injusto, pero a sabiendas de que lo más probable es que esa lucha no tenga nunca fin y que nada ni nadie, ni por supuesto la filosofía ni los filósofos, nos puedan asegurar que la vayamos a ganar.

“En mi opinión [continúa Muguerza] el marxismo de Adolfo Sánchez Vázquez ha sido siempre bastante *más epimeteico* que prometeico. Y eso permite desvelar la entrañas ética de su ‘filosofía de la praxis’, haciendo de ella una auténtica filosofía de la *praxis* y no, o no sólo de la *poesis*. Pues esa forma de praxis que es la acción moral, a diferencia en esto de la acción productiva, nunca se mide por el éxito y no tiene tampoco, en consecuencia, por qué arredrarse ante el fracaso, aunque obviamente esté obligada a tomar nota de los fracasos y a evitar que los errores que los originaron se repitan”. (“A modo de introducción. Adolfo Sánchez Vázquez: filósofo español en México, filósofo mexicano en España”, en Sánchez Vázquez, *Filosofía y circunstancia*. Anthropos-UNAM, España, 1998, pp. 20-21.)

¹⁵ Para una biografía intelectual detallada de la obra de Sánchez Vázquez véase “Gandler, Stefan, Vida y obra de Adolfo Sánchez Vázquez”, en *Marxismo crítico en México. Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría*, FCE-UNAM-UAQ, 2007, pp. 48-82.

A las limpias aguas del senequismo irán a beber los poetas españoles cada vez que les acosa el desaliento; cada vez que el suelo de esperanza se hunde bajos sus pies. De él se nutrirán los grandes tópicos de la poesía española; la fugacidad del tiempo, la vida como camino de la muerte, la irreversibilidad del tiempo, la llegada inexorable de la muerte.¹⁶

Pero no sólo eso, frente a las notas negras de Séneca, lo que al filósofo marxista le interesa sobremanera es la actitud estoica que permite, en medio de la desgracia de la vida humana, la construcción de un proyecto de sentido:

Pero Séneca les dirá también que no hay tal brevedad de la vida si se sabe administrar en el tiempo; que debe desecharse en temor a la muerte porque “cuando un mal es inevitable, temerle es locura”.¹⁷

Ahora, este proyecto senequista que implica pensar y representar el tiempo desde la experiencia inexorable de la muerte –proyecto por el que atraviesa la poesía de Góngora, Francisco de Rioja, Calderón, Sor Juana, Bécquer, Azorín, Machado, Unamuno y en primer lugar Quevedo– no tendría para Sánchez Vázquez como fundamento una esencia humana, como lo fuera en algún momento su derivación en el cristianismo español, sino una respuesta práctica –práctica, quizás diría Sánchez Vázquez–.¹⁸ Una respuesta que sólo se configura como un deber ser de la dignidad humana frente al tiempo de la barbarie que se despliega en el siglo xx. El volver “preocupación esencial” al tema de la finitud humana y del devenir del tiempo tiene que ver precisamente con las condiciones infrahumanas del siglo del fascismo. El ser humano no vuelve a estos temas, a decir de Sánchez Vázquez, cuando “se siente seguro de sí, pleno, gozoso, fortalecido por su confianza en la razón y en el progreso”.¹⁹

La conclusión que alcanza Sánchez Vázquez en 1953 es la siguiente: “la preocupación temporal que domina hoy, como expresión de la crisis histórica, que encontrará su desenlace en el hundimiento de un modo caduco, moribundo, no es la del estoico”; por el contrario:

¹⁶ “El tiempo en la poesía española”, en *Incusiones literarias*, p. 118.

¹⁷ *Idem*.

¹⁸ Una deriva de esta idea, que puede enunciarse como la no divinización de lo humano, se encuentra en un breve debate que sostienen Ramón Xirau y Sánchez Vázquez, véanse los textos respectivos “¿Es el capitalismo hostil al arte?” y “A Xirau: hacer real una sociedad ideal”, en Vargas Lozano, (editor), *En torno a la obra de Adolfo Sánchez Vázquez*, UNAM, México, 1995.

¹⁹ *Ibid*, p. 137.

[...] la preocupación temporal que domina hoy entraña el más profundo pesimismo, la impotencia de abrazarse a un ideal, la capitulación de la razón ante las fuerzas más oscuras y mutiladoras del hombre, la negación del sentido mismo de la existencia humana.²⁰

Justo por esta conclusión es que Sánchez Vázquez insiste en una indagación sobre el tiempo. No sólo debe de buscar narrativas contra esa negación de sentido que se da en el siglo xx, sino que frente a la decadencia humana del siglo xx debe encontrar una línea en el tiempo, que le permita sostener una línea utópica de pensamiento. Por eso no es casual que entre los desarrollos posteriores de su ensayismo se encuentren indagaciones, unas con más fortuna que otras, sobre la terrenalidad humana de Garcilaso; el destino de García Lorca en medio del franquismo o la lectura en clave utópica que hace del Quijote.

Toda esta primer parte del trabajo de Sánchez Vázquez concluye con un importante ensayo fechado en 1993: “Mi trato con la poesía en el exilio” que, junto a sus ensayos sobre el tema –“Exilio y filosofía”, “Fin del exilio y exilio sin fin” y “Del destierro al transtierro”– sintetiza su distancia frente a la hispanidad.²¹ Más aún, en ese particular texto, muestra como en ningún otro trabajo la brutal situación del destierro que se sufre en el siglo xx. Podemos concluir estas reflexiones al detenernos en aquel texto escrito a finales del siglo xx.²²

En ese breve ensayo, Sánchez Vázquez muestra grandes dotes dentro del reservado ensayismo que practica. No sólo se erige como un crítico de su propia obra –de una

²⁰ *Idem*.

²¹ Los ensayos pueden consultarse en la compilación de ensayos intitulada *A tiempo y destiempo*. Sólo el texto “Exilio y filosofía” está compilado en otro volumen, *Filosofía y circunstancia*. Otro importante texto donde se aborda el problema del exilio y sus históricas percepciones y derivaciones es “El compromiso político intelectual de María Zambrano”, publicado en la *Revista de la Universidad*, núm 16, 2005.

²² Algunos de los contados ensayos que han abordado la creación literaria de Sánchez Vázquez son el “Estudio introductorio” que realiza Manuel Aznar Soler y que abre las *Incursiones*, pp. 11-49; el “Prólogo”, de Aurora de Albornoz a *El pulso ardiendo*, Editorial Molinos de Agua, Madrid, 1980. Recientemente se ha prestado mayor atención al tema, pueden revisarse, entre otros materiales, los textos sobre la creación literaria de nuestro autor en el libro compilado por Ambrosio Velasco: *Vida y obra. Homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez*, UNAM, 2009: Anamari Gomís, “Los dos Sánchez Vázquez”; José Antonio Matesanz, “De desterrado a tranterrado: el exilio en Adolfo Sánchez Vázquez”; Adolfo Castañón, “Para saludar los poemas y sonetos de Adolfo Sánchez Vázquez. Epílogo”; María Dolores Gutiérrez Navas, “Fidelidad al tiempo: la poesía de Adolfo Sánchez Vázquez”, e Ignacio Solares, “Sánchez Vázquez: siempre poeta”.

lista de aproximadamente treinta poemas escritos cerca del final de la década de los cuarentas, él selecciona los diez sonetos que se transcriben y da una breve interpretación de cada uno de estos— sino que además inicia el ensayo contextualizando su trabajo y anuncia que en esos sonetos “se dibuja el perfil de este hombre concreto que es el desterrado y llega con esta condición a la vejez y a la muerte”.²³ Sumado a lo anterior, el texto termina con una entrevista de dos preguntas que Sánchez Vázquez se hace a sí mismo y a su poesía: ¿cómo se siente el poeta exiliado en estos años de vivir en vilo, sin raíz, en el aire, sin poder asentarse en el suelo que pisa?; y se interroga si esa poesía que él escribe, ¿es una poesía del destierro o del transtierro?²⁴

A la primera pregunta responde con dos versos que ejemplifican la situación del “peregrino”: “[...] mi vida está fundada / en no afirmar las plantas en el suelo”.²⁵ Y con un poema de crueldad, (recordemos la definición de crueldad de Spinoza: “La *crueldad o sevicia* es el deseo que empuja a alguien a inferir un mal a aquel que amamos o del que tenemos commiseración”), se dirige a la tierra de su exilio: “dejándome sentir mi derrotero, / más cerca estoy de ti, más prisionero”.²⁶

En cambio, la segunda cuestión, como todos sus escritos sobre el exilio, vuelve a girar en torno a la figura de Gaos. Al preguntarse a sí mismo si su poesía es de un desterrado o transterrado, Sánchez Vázquez responde:

²³ “Mi trato con la poesía en el exilio”, en *Incusiones literarias*, p. 203. El texto fue publicado en el volumen que compiló Rose Corral, *Los poetas del exilio español en México*, México, Colegio de México, 1994, pp. 407-414 y en la antología ya referida *A tiempo y destiempo*, 1993.

²⁴ Sánchez Vázquez siempre hace referencia a la idea gaosiana del transtierro, véase por ejemplo, esta referencia en el marco de su reflexión sobre el exilio de María Zambrano: “¿Qué queda en ese largo exilio de su compromiso político? Antes de responder a esta pregunta, habrá que hacer algunas consideraciones sobre el exilio del 39 y las posibilidades e imposibilidades que ofrece para hacer política y, consecuentemente, para asumir el compromiso correspondiente. Pues, aunque por sus causas y su propio carácter es un exilio político que por su dimensión masiva no tiene precedentes, esto no significa que en todo exiliado se dé la disposición a actuar políticamente, ni tampoco las condiciones necesarias para ello. La disposición del exiliado a decidirse a actuar, dependerá en primer lugar de cómo conciba, sienta o viva el exilio. Si lo siente, lo vive como lo conceptualiza José Gaos —como un “transtierro” o transplante o prolongación de una tierra a otra, sin esperar otra vida: la que se daría con la vuelta a la patria perdida, carecería de sentido la esperanza en esa vuelta y, por tanto, la actividad política encaminada a contribuir a ella. Pero, si el exilio se vive, como lo vivió la inmensa mayoría de los exiliados, como destierro, es decir: como una pérdida de la tierra propia que la ajena no puede compensar —aunque la acogida en ella sea generosa como fue en México— entonces sí tiene sentido la acción política para recuperar la patria perdida y, en consecuencia, comprometerse en ella y por ella”. “El compromiso político intelectual de María Zambrano”, p. 13.

²⁵ *Incusiones literarias*, p. 210.

²⁶ *Idem*.

Cierto es que, en estos primeros años del exilio aún no se conocía el neologismo con que José Gaos pretendía expresar la actitud del exiliado que, en la América hispana, no se siente desterrado, sino “transterrado”, en cuanto que en ella encuentra o recupera –trasplantada o prolongada– su España. Ahora bien, esta actitud no es la que expresa mi poesía de esos años. Mucho tiempo después de haberla escrito, me he atrevido a impugnar el término y el concepto gaosianos en diversos textos. En ellos sostengo que el destierro no es un “transtierro”, en el sentido de simple transplante o continuidad que permite rescatar o recuperar lo perdido. La tierra que recoge al español que se ha quedado a-terrado (sin tierra), sin raíz ni centro, no es su tierra, aunque con el tiempo –y tiempo no faltó– llegará a ser suya, pero lo será no por un don que le cae a su llegada, sino en la medida en que hecha nuevas raíces, crece con ellas y desde ellas se integra sin dejar de ser fiel por ello a sus orígenes. Lo que hará, en definitiva, que por esta doble raíz su exilio no tenga fin.²⁷

Es difícil compartir la posición de Sánchez Vázquez. Se trata de una forma del exilio y un pensador que niega, como él lo hizo, cualquier esencialismo, también debe de presentir la diversidad de cada experiencia del exilio; debe de conocer sólo a posteriori la capacidad humana de mudar, variar, derrotarse o vivir, como él lo señala, en vilo, sin centro ni raíz. Sin embargo, en sus textos, y sobre todo en su poesía, parece alcanzar, por lo menos formalmente, una representación de sentido universal, en la que la idea del destierro, la inmensa experiencia aterradora del siglo xx, parece reflejar mucho mejor la situación del siglo xx que la idea gaosiana del transtierro.

Esto se debe a que el recorrido que hace Sánchez Vázquez en sus diez sonetos es sobresaliente y lo lleva a remontar el hecho del destierro, verlo ya desde la vejez y jugar no sólo de forma existencial, como lo harían los escritores de la Generación del 98, sino además de forma estética a través de su poesía. Se trata de un pensador y un poeta que sufrió y sobrevivió el terrible siglo xx y que logró, en ese tiempo infame, construir

²⁷ *Ibid.* En otras palabras, Sánchez Vázquez se refiere a este punto el recordar la muerte de su amigo Juan Rejano. Escribe: “A los casi cuarenta años de exilio, Rejano no renuncia [...] a la vuelta de su tierra porque es por entero suyo. Su decisión de volver es firme; para él no entraña dudas ni problemas. No sucede lo mismo para la casi totalidad de los exiliados que aún sobreviven y que se enfrentan a una dramática contradicción que se vuelve angustiosa cuando el exilio llega a su fin. Durante largos años el desterrado quería volver, pero no podía volver. Pero, ¿qué haría cuando sí pudiera volver? Esta posibilidad, tanto tiempo anhelada y soñada, se dio, al fin, cuando el “inmorrible” –como le llamo Alberti– acabó por morir. Entonces, los exiliados descubrieron que las raíces que habían echado en la tierra que los había acogido eran tan hondas que ya no podrían aprovechar la posibilidad tan ansiada. Dramática contradicción: cuando querían volver, no podían; y cuando podían, ya no querían volver”. “Juan Rejano en el exilio”, en *Incursiones literarias*, p. 457.

una utopía de sentido; frente a esa experiencia, puede en el mismo tenor utópico reconstruir su exilio desde la literatura. Véanse algunas claves de este recorrido.²⁸

El desterrado, a diferencia del ser puramente natural, se mantiene erguido a pesar de ser expulsado y perder de facto su nacionalidad: “El árbol más entero contra el viento, / heló en tierra, desecho, derribado. / Congregando su furia en su costado, / el hacha lo dejó sin fundamento”.²⁹ Por el contrario, el hombre o la mujer, “Torre humana o árbol sobrehumano, / contra el hacha en el aire levantado / sin raíz ni cimiento desterrado”.³⁰

Como él mismo lo dice, después de esa experiencia de destierro, le espera su infierno en el primer exilio. No tiene otro criterio “del amor y el odio, de la memoria y el olvido, de la verdad y la mentira, que el destierro mismo”: “Al dolor del destierro condenado / –a la raíz en la tierra que perdimos–, / con el dolor humano nos medimos, que no hay mejor medida, desterrados”.³¹

Sigue después –¿en quién, en el desterrado, en la vida de Sánchez Vázquez, en su reconstrucción del exilio o, quizás, de cierta forma en todos?– una serie de confrontaciones, nostalgias, mesuras y desmesuras que, en su caso, llegan un punto límite cuando, en efecto, el desterrado puede alcanzar la normalidad que da el tiempo; entonces por decisión propia y a cabalidad, decide prolongar su exilio:

Si para hallar la paz en esta guerra
he de enterrarlo todo en el olvido,
y arrancarme de cuajo mi sentido
y extirpar la raíz a que se aferra

si para ver la luz de aquella tierra
y recobrar de pronto lo perdido,
he de olvidar el odio y lo sufrido
y cambiar la verdad por lo que yerra,

prefiero que el recuerdo me alimente,
conservar el sentido con paciencia
y no dar lo que busco por hallado.

²⁸ José Antonio Matesanz ha tratado este tema con gran agudeza y detenimiento, véase en especial el texto ya referido “De desterrado a transterrado: el exilio en Adolfo Sánchez Vázquez”.

²⁹ *Incursiones literarias*, p. 203.

³⁰ *Ibid.*, p. 210.

³¹ *Ibid.*, p. 204.

que el pasado no pasa enteramente
y el que olvida su paso, su presencia,
desterrado no está, sino enterrado.³²

Quizá éste sea el momento culminante de la obra ensayística de Sánchez Vázquez. El espacio en el que opta, como forma existencial que da sentido a su amor filial y a su idea de humanismo, por no renunciar a algo que ya es imposible, la idea de su patria: “que el pasado no pasa enteramente / y el que olvida su paso, su presencia, / desterrado no está, sino enterrado”.

De cierta forma, se trata de una salida barroca, gongorina, pero también de una afirmación subjetiva y lírica, como la de Quevedo y Machado.³³ Podríamos decir, *se trata de optar por sufrir*. Frente a la posibilidad de olvido o, peor aún, del regreso con gloria a una patria que ya no existe, el autor decide, artificialmente –como un artesano– mantener su vida en el recuerdo permanente de la tragedia, la de su pueblo y la de su vida. En este sentido puede interpretarse su famosa contestación a la posibilidad del exilio. No darlo por terminado jamás y optar por pensar, más que en su fin, en la manera de hacerlo permanecer:

Al cabo del largo periplo del exilio, escindido más que nunca, el exiliado se ve condenado a serlo para siempre. Pero la contabilidad dramática que se ve obligado a llevar no tiene que operar forzosamente sólo con unos números: podrá llevarla como suma de pérdidas, de desilusiones y desesperanzas, pero también –por qué no?– como suma de dos raíces, de dos tierras, de dos esperanzas. Lo decisivo es ser fiel –aquí o allí– a aquello por lo que un día se fue arrojado al exilio. Lo decisivo no es estar –acá o allá–, sino cómo se está.³⁴

Fácil no debió de ser, pero es una respuesta muy compleja, una respuesta que le permite la integridad moderna y radical al filósofo y al poeta: *todo está perdido, todo se puede reconstruir*.

³² *Ibid*, p. 208.

³³ Bolívar Echeverría también ha jugado con esta idea. En medio de la situación radical del destierro o del exilio, ninguna salida absoluta es posible. Echeverría lo sugiere en un aforismo que titula “Imposible regresar a Dublin”: “Tal es el trabajo de la nostalgia, que termina por sacrificar su objeto en beneficio del objeto añorado. Uno quiere volver, pero volver es imposible; no sólo por lo de Heráclito y el río, que ya de por sí es implacable, sino porque, transfigurada, la ciudad a la que uno quisiera regresar sólo puede existir en verdad, espejismo cruel, en el universo inestable de la memoria”. Tomado de [<http://www.bolivare.unam.mx/miscelanea.html>], consultado el 20 de septiembre de 2012.

³⁴ Sánchez Vázquez, Adolfo, “Exilio sin fin y fin del exilio”, en *Del exilio en México. Recuerdos y reflexiones*, Grijalbo, México, 1997, p. 38.

BIBLIOGRAFÍA

- Echeverría, Bolívar, “El olmo y las peras”, en *Vuelta de siglo*. Era, México, 2006, pp. 187-194 y, en un sentido más abstracto, “El ‘valor de uso’: ontología y semiótica”, en *Valor de uso y utopía*. Siglo XXI, México, 1998, pp. 153-197
- “El compromiso político intelectual de María Zambrano”, publicado en la *Revista de la Universidad*, núm 16, 2005.
- “Gandler, Stefan, Vida y obra de Adolfo Sánchez Vázquez”, en *Marxismo crítico en México. Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría*. FCE-UNAM-UAG, 2007, pp. 48-82.
- Gaos, José, *El pensamiento hispanoamericano*, en *Obras V*. Prólogo Elsa Cecilia Frost, Nueva Biblioteca Mexicana, 112, UNAM, 1993.
- Sánchez Vázquez, Adolfo, *Incursiones literarias*. UNAM, México, 2009
- Sánchez Vázquez, Adolfo, “Exilio sin fin y fin del exilio”, en *Del exilio en México. Recuerdos y reflexiones*, Grijalbo, México, 1997, p. 38.
- Sánchez Vázquez, “Adolfo Sánchez Vázquez: filósofo español en México, filósofo mexicano en España”, *Filosofía y circunstancia*, Anthropos-UNAM, España, 1998, pp. 20-21.
- Nicol, Eduardo, “Ensayo sobre el ensayo”, en *El problema de la filosofía hispánica*, prólogo Alberto Constante y Ricardo Horneffer. FCE, México, 1998, pp. 211-278.